

EL ALMA DE GARIBAY

Semanario humorístico Oscense

Director D. Fulano de Tal

La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez
Calle de Ainsa, núm. 7. 1.º

Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *tútili mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el descanso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, o sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se rancien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo o como Dios les dé á entender, cinco reales ó *sease* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la semana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por ejemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para caras serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

FIJENSE USTEDES

El Diario de Camo vino el otro día más contento que chico con zapatos nuevos. Había descubierto un continente. Nada menos que á don Raimundo Vilas y al Canónigo Sr. Carderera, arrimaditos á las columnas de EL ALMA DE GARIBAY. Pero es el caso que ni con eso ni con que los viera también arrimaditos á *Voz de la Provincia*, periódico abiertamente anticaciquero, y á los *Ecos de Monte-Aragón*, semanario moralmente impedido de ser caciquista, consigue *El Diario* el logro de sus ansias, ni que le salte el continente. Porque la mil veces laudable actitud católica y patriótica de esos señores, es cosa ya muy vieja, y EL ALMA DE GARIBAY es cosa muy nueva, le es enteramente desconocida y está muy por encima de él.

¡Vaya unas noticias con que *El Diario* embroma á sus lectores! ¿Cuándo han ignorado éstos que los nombrados señores en la prensa y fuera de la prensa, en todas partes y á todas horas, donde quiera que directa ó indirectamente palpita algo anticaciquero, y en presencia de cuantos quisieran verlo, han combatido denodadamente, fieles á los dictámenes de su conciencia religiosa y oscense, y haciendo gala de ello, contra el caciquismo anticlerical que tanto nos perjudica y nos deshonra?

En cuanto al señor Canónigo que en esta nobilísima, patriótica y cristiana campaña nunca fué de los últimos, tenemos que decir que se halla al presente, en su físico, atado de pies y manos por la edad y los achaques, y en las potencias de su alma, con la memoria y el entendimiento en completa avería, pero con la voluntad tan sana, tan firme y tan cristiana como es necesario para seguir la bandera que se levantó contra las dos grandes calamidades que más ruinas morales, religiosas y materiales han causado en este país, contra el caciquismo y el anticlericalismo que ha tenido la desgracia de personificar en sí el Sr. D. Manuel Camo. Y por cierto que no está demás añadir aquí que dicho señor Canónigo, viéndose ya cercano á la hora de su muerte, piensa también tristemente y con

alarma en la del Sr. Camo que, por la edad, tampoco puede tenerla muy lejana; lo cual fácilmente se explica por la amistad que unió al primero con la familia ejemplar y ya pretérita del segundo; y porque, aunque separados uno y otro por aspiraciones y tendencias diametralmente opuestas, habiéndoles tocado convivir en un mundo tan pequeño como este de Huesca, no han podido evitar cierto género de intimidad que en tales condiciones forzosamente se producen. ¿Quién, aun sin estos motivos especiales, dejará de dolerse de la suerte eterna que puede esperarle al alma infeliz de un cacique? ¡Son tan terribles las responsabilidades que sobre ella pesan, no muy distintas de las de los antiguos señores de horca y cuchillo, y las que le alcanzan como sostenedora de un periódico anticlerical saturado de sibaritismo gentilico!

Pero demos este punto por suficientemente tratado, porque insensiblemente nos íbamos separando de nuestra característica, que debe ser el género ligero y festivo.

D. Raimundo no se vaya usted tan pronto y venga usted acá un momento. Ya dijo usted lo bastante cuando fué *descubierto*: ¿no le ocurre á usted alguna cosa nueva?

—¡Ah! sí señores. He sabido que ahora se tiran de los pelos por la ganancia que me dieron unos señores dignísimos comprándome guirlache, sin intención de contribuir ni remotamente á la juerga consabida, pero que no se apuren; díganles ustedes al cacique que ya no vuelve á verse en otra, que ya no volverá á escamotear la fiesta de los Santos Reyes para usos profanos. ¡Poco escamada ha quedado la gente independiente y de buena é ilustrada conciencia! Si otro año se empeñan en repetir la juerga, no se lo estorbaríamos en lo más mínimo, pero tendrán que navegar á palo seco, con sus propios recursos y sin profanar cosas santas.

—Pues en ese mismo número de *El Diario*, hay algo que, por lo tendencioso, debe tomarse en cuenta. ¿No lo sabe usted?

—Yo no leo la mala Prensa; se peca.

—Sepa usted, pues, que quiere indicar una cosa así, como que el clero está con su amo y señor el cacique.

—¡Mentironazo! ¡Si á ese diariote á todo se le podrá ganar menos á mentir! Lo contrario es la verdad, señores. ¿A que no se encuentra en toda la provincia ni un clérigo, ni uno solo, que se atreva á decir *yo soy camista*, en su doble significación caciquera y anticlerical? Ni uno solo, lo repito, ante esa cara de extrañeza que ustedes me ponen. Ni uno solo, ni los mismos clérigos parientes, ni los amigos particulares del señor Camo.

—Mire usted, D. Raimundo, que en toda colectividad humana, aun en las menos numerosas, siempre hay algún desdichado que claudique.

—¡Ah! señores, pero una golondrina no hace verano, y la excepción confirma la regla. Por cierto que me alegro mucho de que me hayan sacado ustedes esta conversación, porque me recuerda una cosa que varias veces he oído al citado señor Canónigo, que importa mucho tener presente, y que él juzga de gran consuelo para los católicos ilustrados y fervorosos, de saludable estímulo para los católicos distraídos é indolentes, y de justo reproche para los católicos que están hechos una miseria con las salpicaduras del caciquismo farisaico. Dejando á parte algunas, muy pocas, aunque honrosísimas excepciones, esta plaga, dice, lo ha invadido y mancillado todo en el orden político, social y de cultura moral y religiosa; todo lo oficial y extraoficial, lo corporativo é individual; todas las clases, empezando por las linajudas, siguiendo por las independientes y acabando por las medias y las pobres. A todas las clases, nótese bien, á todas menos á una, al estado eclesiástico, al clero, desde las más altas jerarquías hasta las más humildes, á pesar de cuantos esfuerzos, no sólo humanos si que también diabólicos, que para conseguirlo se han empleado. Este es un hecho, añadía, digno de la mayor consideración y estudio, porque resulta indubitable, visible, se puede tocar con la mano, ninguna de las impurezas de la realidad es capaz de desvirtuarlo. Y por fin concluía emocionado, exclamando: ¡Cuántas gracias no debemos dar á Dios al ver que en nosotros, cualquiera que sea nuestra flaqueza, en medio de las tinieblas que nos rodean, y á pesar de las pútridas emanaciones del suelo, se cumplen aquellas palabras divinas: *vosotros sois la luz del mundo, vosotros sois la sal de la tierra!* En fin, señores, procuren oírlo ustedes mismos, porque yo no sé si me explico bien; pero conste, pues es más claro que la luz del sol, que la clase sacerdotal es entre nosotros, la única en que el caciquismo sectario y farisaico no ha podido hincar sus uñas.

—Lo oiremos con el mayor gusto, y á usted entre tanto le damos infinitas gracias por habernos despejado tan hermosos horizontes.

—Y aun me falta otra cosa qué decir y que no quisiera que se me quedase en el cuerpo.

—A ver, á ver.

—Perdónenme los señores curas de todas las categorías; esto será una malicia mía... pero no, no es malicia, porque hablo hipotéticamente. Si á pesar de todos los pesares, si lo que no es creíble ni aun posible, apareciesen por allí caciqueros de esa calaña, ¿no sería lo mejor regalárselos al cacique? Yo por mi parte me comprometería á regalárselos con guirlache encima. Con mis cortas entendederas, creo que se quedaría más limpia la viña del Señor.

—Conformes, D. Raimundo, y venga esa mano.

—¿Se ofrece alguna otra cosa?

—Gracias; vaya usted con Dios, amigo.

Tríorama psicológico

SEGUNDA VISION

Hablar de los ángeles en estos tiempos de tanto racionalismo, es ponerse en situaciones antiguas, que por los modernos filósofos son consideradas como despreciables. Jamás, dicen éstos, la Iglesia y religión de lo pasado podrán estar al nivel del porvenir, al nivel de sus necesidades. Pasaron ya sus dogmas antiguos; la sociedad moderna, con sus progresos, los reduce á la nada. ¡Desgraciados! No ven que la Iglesia, en su marcha católica, atraviesa con ligera planta, pero con fuerza invencible, todos los regímenes que la han creado en la humanidad, la persecución, la protección y la libertad, y hace brillar, lo mismo hoy que ayer, su indefectible poder y su inmortal actualidad. Es la obra de Dios que nunca perecerá, todos los tiempos la poseerán, y sus dogmas siempre serán nuevos. Dogma es la existencia de los ángeles buenos y la protección de éstos respecto de los hombres. Son proposiciones de fe lo mismo que la existencia de los malos ó demonios, que buscan el mal del hombre, proposiciones que siempre llamaron mi atención. No os extrañe, pues, queridos lectores, que en mi tríorama haya incluido á los ángeles, y hoy continúe mencionando al de mi anterior escrito.

Luego que me puse completamente á su servicio, quise contemplarle por un momento, y quedé extasiado ante su hermosura. Es gentil mancebo que, despidiendo de su rostro rayos más bellos y más dulces que los del sol, sin deslumbrarme me dejan encantada la vista. El cabello de oro, graciosamente desordenado, aumentaba su belleza. Extremos dorados rodeaban sus dos alas blancas como la nieve, que al moverse esparcían aromas celestiales. Manto de color azulado más puro del cielo ceñía su cuerpo. Su mirar era más dulce que la claridad de las estrellas, cuando brillantes en su juventud se mecieron cerca del trono celestial con todos sus piélagos de luz. Su cinturón maravilloso, bordado por trabajo divino, abraza los consuelos del alma, los regocijos inocentes, los afectos sublimes, el encanto de los sepulcros y la esperanza inmortal. Absorto en estas consideraciones, el ángel me toma de la mano: «No temas, me dice, aunque penetremos en nuestro viaje por las profundidades del mar y de la tierra. La muerte está lejos de ti, siendo yo tu compañero y guía.»

Apenas concluí de oír estas palabras, cuando sentí viva pero dulce impresión. Resbalaba velozmente con el ángel, experimentando gratísima sensación del agua del mar. Luz brillantísima y muy suave se propagaba rápidamente por las aguas. Se veían peces no clasificados por los naturalistas, los más teroces deslumbrados se amansaban, los pequeños se refugiaban en las algas, y curiosos asoman sus cabecitas. Con los reflejos del resplandor del ángel los peces eran nácar, las algas corales y las rocas diamantes. Rápidamente pasando por la falda de un montecito, vi deshecho y recostado un buque. En su inscripción reconocí al vapor «Libertas. Mors in vita». Al momento pensé en mi buque «Pío IX». —¿Ya habrán llegado los de mi buque á su destino?—Sí, me contestó el ángel. Llegaron ya á Roma celestial, al puerto de seguridad. Dios estaba con ellos, y el buque, representando la Iglesia, salvó á sus tripulantes; sólo en ella, no fuera de ella, hay salvación. Algo más te diré luego referente al mismo asunto. Ahora has vis-

to rápidamente y en miniatura, alguna belleza de las obras de Dios en esta profundidad del mar mediterráneo. Para llegar á las profundidades del suelo de Inglaterra, necesitamos atravesar los terrenos que constituyen la tierra. Al estar allí, te manifestaré el objeto de nuestro viaje.

No tardé segundos en atravesar por una caverna de huesos de la edad cuaternaria. Quise detenerme en la terciaria para hallar los anteojos que Quatrefages había perdido, según un divertido geólogo, al investigar al hombre terciario, y para ver las minas de sal gema y otros minerales; pero el ángel diciéndome «no te detengas ahora en curiosidades, necesitamos abreviar el tiempo», tomó, y yo con él, más rápida carrera. No pude, pues, investigar quién entre los geólogos neptúnicos ó los plutónicos, tenía razón respecto del calor central; ni recorrer los inmensos bosques de las plantas del terreno permocarbonífero, que además de haber limpiado entonces la atmósfera del excesivo ácido carbónico, haciéndose carboníferas, y provisto del oxígeno necesario para la vida de los animales posteriores de respiración pulmonar, petrificadas y descubiertas por el hombre, son ahora focos de calor á la industria; ni ocuparme en la solución de otras muchas cuestiones geológicas. Después de haber pasado velozmente todos los terrenos con sus diferentes fósiles, ya vegetales, ya animales, llegamos á un sitio en que sólo existe el horror y terror.—¡Tengo miedo, gran miedo! exclamé asustado fuertemente al ángel.—No temas, me dijo, besando mi frente y tocando mi corazón.—Aquel beso angelical indefinible, y aquel tacto suavísimo inexplicable en mi corazón, infundiéronme gran fortaleza, la necesaria para poder ver lo que diré.—Hemos llegado ya al lugar deseado, dijo el ángel. Asistiremos á un verdadero conciliábulo, á una sesión de demonios. Invisibles nosotros á ellos, luego les veremos reunidos. Salieron muchos del infierno, mandados por Satanás, al mundo para producir males sin cuento, y muchos de ellos darán cuenta de lo que han trabajado también en tu país.

Conforme á la sentencia comunísima de teólogos de ser subterráneo el infierno, ví abrirse las puertas. Borbollones de humo y llamas rojas salían por ellas. En pequeñísimas intermitencias podían verse unas grandes letras que decían en las citadas puertas: «Al entrar aquí, se pierde toda esperanza». Gritería inmensa y profunda de ayes de dolor, de angustia, de desesperación, de maldiciones, de blasfemias... retumbaban por aquellos lugares de tinieblas.

De pronto veo aparecer en las puertas espíritu infernal indescriptible que, elevándose, hace oír algo lejana su voz terrorífica, llamando con gran poderío á los demás espíritus infernales, para que en sesión le den cuenta de los pecados en que hicieron incurrir á los hombres. El ángel me conduce hacia aquellas puertas para penetrar en antros tenebrosos, y al notar en mí gran temor y miedo, me cubre con sus alas diciendo: «Puedes entrar conmigo, te hago como yo; incombustible é invisible».

A derecha y á izquierda de aquellas inmensas cavernas, distingúense otras que, llevando sus inscripciones detalladas de los terribles sufrimientos, especifican lo que castigan para siempre. Allí ví los lugares pertenecientes á los pecados capitales, á los pecados contra las virtudes cardinales y teologales, á los pecados contra los preceptos del decálogo y de la Iglesia, á los pecados especiales de la filosofía moderna, entre los cuales me pareció oír el nombre del filósofo de Dantzg, idealista Kautiano, esencialmente

panteísta y materialista, de Schopenhauer. Me llamó la atención el lugar muy especial destinado para el liberalismo, en el cual sus negras paredes estaban tapizadas de los periódicos de la mala prensa para remordimiento eterno de sus autores, directores y demás cooperadores, no arrepentidos ni destructores de su obra. Me pareció distinguir, juntamente con el periódico, en locales preparados, siluetas de personas por mí conocidas. Estos locales me hicieron con el ángel retirar angustiado, y apartar mi vista de la inscripción que bajo la del liberalismo decía: *Hoc est maximum peccatum quo tenentur cuncta peccata*.—¡Qué cierto es, exclamé, aunque no se quiera reconocer, que lo que la Iglesia condena, el infierno lo castiga!

Un gran estruendo, superior al que pudieran producir numerosísimos volcanes, oyese de pronto. Penetrando por anchuroso boquerón distingúese ser de horrible figura. Satanás, más rápido que el pensamiento, atraviesa aquellas regiones que nunca han de perecer, en donde el tiempo no gobierna. Su lanza de fuego, apenas ilumina alrededor la densidad de las tinieblas. Sigue el camino desde donde oye con rabia los suspiros de los dolores eternos. Le seguimos también nosotros, cubriéndome más y más el ángel con sus alas. Entra aquél en extensa y horrorosa habitación en donde á cuatro caudillos de las regiones rebeldes manda que convoquen el senado de los infiernos. Obedecen prontamente los demonios las órdenes de su monarca. Rápidamente llenan la vasta sala del Consejo de Satanás, y se colocan sobre las gradas ardientes de aquel sombrío anfiteatro. Alza Satanás el cetro del infierno que encierra en sí todos los males del mundo, y disimulando las grandes penas que le despedazan, habla así á la asamblea: Compañeros de infortunio, espíritus desechados de la gloria, azote de las naciones, de los pueblos y de los hombres, ya sabéis que confirmados nosotros en la malicia, debemos tender siempre á ella. Partícipes vosotros de mi poder, os he distribuido los servicios, obligando á cumplir cada uno su oficio del modo más malévolo posible. Es necesario, pues, que ahora cada uno de vosotros digáis vuestros malvados trabajos.

ATANASIO.

(Se concluirá).

Á IGNOTUS

Envidio tu felicísima memoria, caro anticuista, ya que con tus numerosos abriles puedes remontarte á hechos é historietas que alcanzan al 1850, época en que apenas había dado algún tierno vagido.

Tu *anécdota* me ha llenado de curiosidad, y creo que mi escasa masa encefálica se ha convertido en agua, y por lo tanto no acierto á comprender tus pícaras insinuaciones. Ignoraba que Camo, hoy cacique sin par, hubiera sido *monaguillo honorario*, y tenía algún recuerdo, muy oscuro por cierto, de que había sido *paje episcopal*, pero paje de *altura* y *distinción*, eso, de veras, no lo entiendo, y espero con impaciencia que lo explicarás y quedará satisfecha mi curiosidad.

Mas siendo tú un desconocido é ignorando tu residencia, ¿á quién me dirijo? Lo he pensado bien y he resuelto hacerlo á los colaboradores del *falderillo anticlerical* del Coso bajo; pero desisto también de recurrir á tales *reporters* porque me aseguran que en estos críticos mo-

mentos se encuentran sin la serenidad necesaria para que puedan ser *entrevistados*, y siendo por otra parte de aptitudes *mediocres*, según el mismo *Diario* de otra época, hablando y combatiendo á los *Jarabos*, etc., tampoco me despejarían lo de *paje de altura y de distinción* de su señor y amo, en atención á que uno de ellos, en oposición que practicó á una cátedra ó auxiliaría de la carrera de Letras, volvió corrido y creo que suspenso; lo cierto es que no ha repetido la suerte.

Otro, que ha cambiado de ideales políticos con más frecuencia que una serpiente de camisa, fué carlista, conservador, hoy liberal del *bloque*, ó sea *isidro*, opositó á otra cátedra de lengua *gabacha*, y no hay que olvidar que volvió rabón y á la luna de Valencia.

El de más allá, se contenta con anunciar: Señores, ¡que me preparo! ¡que las he firmado! ¡que me marchó! Y jamás es llegado el día, y eso que habla solo.

El cuarto ha opositado; mas, se paró demasiado no sé en qué líneas y dibujos, y... descontémole también; de veintiún opositores, quedó el yigésimo, y cuentan que no terminó los demás ejercicios.

El quinto... ¿y á qué continuar?... Estos calabaceados *mediocres* son los que, en esta abatida y humillada Huesca del caciquismo, de donde el jornalero y el obrero tienen que emigrar, faltos de todo trabajo y de lo necesario para la vida, pretenden llevar la orientación social y formar la opinión, y son los compañeros y amigos de Camo, que todavía no se sabe haya dicho *mus* en el llamado templo de las leyes; muy bien... requete... bien.

Y ahora dos preguntitas al senador, examigo y casi coetáneo, Sr. Camo.

1.^a ¿Sería usted tan amable que me revelara cuál fué la personita que inspiró aquellas frases... (no puedo vocalizarlas) á un exgobernador recto y moral (no tolero ciertas distracciones), pero atrabiliario y de rostro quijotesco, en carta dirigida á un prócer y propietario de un antiguo periódico por supuestos ataques que á su gestión administrativa hizo un tal Marifóns, conservador entonces, hoy liberal de la familia de los *isidros*? Se le dispensa la respuesta por si se emocionase, y el interesado se roborizase. Pueden contestarla los tertulios, si les place, que algo saben.

2.^a ¿Sería usted, Sr. Camo, tan condescendiente conmigo que se dignara manifestarme cuáles han sido los puntos y motivos de conjunción con su amigo Marifóns? Porque antaño mutuamente se *amaban*, como Pilatos y Herodes, antes que éste conociese á *Jesús*; y ogaño se han unido como los príncipes de la Sinagoga cuando acordaron perder al Nazareno, y coinciden en el *bloque* anticlerical de las izquierdas, afortunadamente antes deshonorado y maltrecho, por los de casa, que nacido, como diría el Sr. Sagasta, llamado con loable franqueza *anticatólico* por *Unamuno*, é *isidros* por nuestro paisano *Costa* y *bloque del hambre* (del presupuesto del Estado por supuesto) por un periódico republicano de Barcelona, para traernos la secularización de cementerios, enseñanza sin Dios y demás zandajas.

Sr. Camo, va usted muy bien acompañado del brazo de Marifóns.

Si volvieren sus cristianos y buenos padres, y aquella pléyade de varones insignes, que formaban la tertulia del exfarmacéutico del Hospital en la botica de la plaza de San Pedro. ¡Qué

le dirían, al verle formar en el bloque! Piénselo y medítelo bien.

¡Y qué cuchufletas no se le ocurrirán á don Jerónimo (con J, señor cajista, y no equivocarse como el interesado) de la conjunción Camo-Marifóns!

Dispense el atrevimiento de interrogarle, porque si bien no llego á 70, casi le piso el pelo, señor Camo.

Aquí terminaría, mas no lo hago sin anunciar que tengo preparadas unas historietas retrospectivas que darán juego, y ya que Plauto se empeña, allá va el programa, cuyo orden se alterará según las circunstancias, y tratarán:

1.^o De las boletas de alojamiento de determinada calle.

2.^o De ciertos enlaces y de alguno que se hizo carlista con la lectura de *El Papelito*.

3.^o De la certificación de un *Galeno* que, por lo visto, tiene más tragaderas que abejas un colmenar.

4.^o De cierta vestimenta, ó albarda, de un joven, rico, abogado, ¿de veras? ¿que vive *bajo pena*? cá..., ninguna.

5.^o De otro joven, intencionado, de péñola llena de insidia y virulencia; de aspecto tétrico y catoniano y de humilde linaje, y tan despilfarrador y desafecto á la pelucona, que podría pasear, no en *auto*, sino volar en *aero-plano*; tan saneados son los cuartos de su *casa*.

6.^o De otro, ya no tan joven, guapote y generoso él, y sin *letras*, lo que no ha sido obstáculo para que fuera Alcalde ejerciente, diputado, presidente de no sé cuantas comisiones, vocal de la Junta de Instrucción pública, etcétera, etcétera, pero de un corazón noble y hermoso, y el más simpático de los oscenses, y no tiene otros enemigos, y esto con intermitencias, que el cacique.

7.^o Continuará la galería de retratos... y en último término encargaré el mío y mi semblanza, para que vean qué tengo gusto, á la buena y clásica pluma de Juan del Triso, encareciéndole que la perfile con tal esmero y perfección que, las futuras generaciones con sólo mirarlo y saborear la semblanza, digan para sí, y sin tener que preguntar, *este es Fulanito de tal*, el que *celebrizó* á estos señores del *bloque isidro anticlerical* de Huesca de la cuadrilla, digo, *cédula electoral* Camo, que escribiría Retana.

Espero que mi determinación, á que me obliga su amigo Plauto, será de su agrado, Sr. Camo, porque recordará con fruición hechos de la niñez, y además porque se aleccionarán sus jóvenes amigos en la historia *menuda* de su pueblo desde 1845; y vea usted, qué buen servicio les hará el conocerse entre sí y aprender lo que ignoran.

Tengo material para quince números, y como por otro lado la *gaita* no faltará, prepárese...

El remitente,
WENCESLAO.

Lasbatuecas, calle de la Pimienta, oficina de emplastos de cantárida.

30 de Enero de 1909.